

Hacia la modernidad

Antonio Navalón

Hubo un tiempo en el que, por el no desarrollo de las comunicaciones, la India pudo permanecer encerrada en sí misma, alejada de los ojos curiosos del resto del mundo. Hoy eso ya no es posible, y muchos queremos comprender, más allá de los viajes exóticos, de la cultura general o de la atracción por su espinaza espiritual, cómo será un mundo en el que dos colosos, los dos países más poblados de la Tierra, China e India, serán los grandes protagonistas económicos y sociales de este terrible siglo XXI que comenzó en Nueva York el 11 de septiembre de 2000.

En 1979 en India realmente no existían más que tres problemas fundamentales: la pobreza; el conflicto con los musulmanes a través del eterno problema con Pakistán y el de seguir teniendo una capacidad de actuación internacional con una muy controlada evolución nacional. Indira Gandhi era la administradora de una dinastía creada para gobernar la India independiente, la que hicieron posible los ingleses, la soñada por Mahatma Gandhi.

Hoy este país, con una población aproximada de mil noventa y cinco millones de habitantes, es como un gigante dormido, que si despierta podría por sí mismo transformar la faz de la economía mundial. Según el Banco Mundial, la India es la sexta economía más grande del mundo; tiene el potencial para formar un bloque económico por sí sola, sin depender mucho de ningún país, y su crecimiento macroeconómico es estable. La agricultura, actividad que emplea a dos tercios de la fuerza laboral, contribuye con un tercio del PIB. Las reservas de grano de la India exceden los treinta y cinco millones de toneladas y este país ha emergido como un exportador de granos y otros productos agrícolas. Además cuenta con una base de manufactura diversificada. Los sectores industriales clave, como los de productos electrónicos, maquinaria industrial y agrícola, componentes, insumos agrícolas, químicos y petroquímicos, fertilizantes, y material para el envasado y el procesamiento de alimentos, se proyectan con un crecimiento anual de un siete por

ciento a un cuarenta y cinco por ciento para el resto de esta década. Ello explica que el comercio exterior de la India haya crecido desde que se inició el programa de reforma económica, y ahora alcanza un siete por ciento anual. Sin embargo, este país con extensión de subcontinente sigue marcado por la pobreza y la exclusión.

El inglés, el imperio más completo e inteligente que ha gobernado el mundo desde el imperio romano, hizo de la creación de instituciones su principal legado. Los ingleses dotaron a la India de tres elementos fundamentales para que hoy tenga oportunidad de existir como país: el primero, el idioma: India se entiende en inglés, aunque rece y sufra en sus lenguas vernáculas; el segundo, el correo: una homogeneización administrativa de un imperio que tuvo que negociar con cada *maharajá* en cada estado independiente; y el tercero, el establecimiento de la democracia —pese a todo, la mayor democracia del mundo— como sistema de gobierno. A cambio, usó de manera deliberada la coexistencia de los creyentes de una religión lineal, los musulmanes, para, en el momento de su independencia, partir al país en dos y permitir el nacimiento de un hermano siamés: Pakistán, separado sólo por la sangre y las lágrimas vertidas por aquellos que tuvieron que cambiarse de un sitio a otro. El miedo de la minoría religiosa provocó un integrismo nacionalista comandado por el doctor Muhammad Ali Jinnah que evitó que India pudiese nacer el 15 de agosto de 1947 como un país único donde los hindúes —esto es, los seguidores de las religiones cíclicas donde nada muere, todo se transforma y se incorpora a un orden distinto— no pudieron seguir conviviendo con los seguidores de una religión lineal, la musulmana, que necesitaba un espacio propio.

Con la misma lógica con la que crearon los países de la Península Arábiga, los ingleses descubrieron en los musulmanes de la India una palanca fundamental para hacer que se tambaleara el coloso independiente. Naturalmente, y como pasa siempre, cuando se trata de impe-

rios hay perversiones inherentes: los ingleses sabían que Jinnah, el líder musulmán del partido en el congreso al que Gandhi le ofreció ser el primer ministro del nuevo país independiente, estaba mortalmente enfermo de cáncer de pulmón y viviría muy poco tiempo.

Los ejércitos son, tanto para Pakistán como para la India, elementos de control en naciones donde cualquier uso desmedido de la fuerza puede provocar un incidente que ponga en peligro al planeta. Dos países con poder nuclear, dos países con un ejército muy poderoso; en algunos casos en Pakistán controla el poder político, que en la India es realmente, salvo la estructura espiritual de la nación, el único poder cohesionador que existe.

En el ojo por ojo, desde el siglo x hasta nuestros días, y desde las cruzadas hasta Osama Bin Laden, pusimos en marcha un terrible aparato de exterminio que hoy amenaza con destruir el mundo tal y como lo conocemos. Uno de los principales problemas del exitoso Occidente es su crisis espiritual y de valores. Las religiones lineales, madres de todos los integristas, han desencadenado una espiral de confrontación que amenaza a todos: no sólo a los creyentes, sino a quienes están cerca.

“Si seguimos con el ojo por ojo, el mundo se quedaría ciego”. Ésta es una de las más famosas frases de Mahatma Gandhi en su lucha por la independencia, con la táctica de utilizar la resistencia civil pacífica y pasiva contra la fuerza de los estados o de las armas. Fue no sólo el *Bapu* (padre de la nación), sino también el estratega social que entendió dónde radicaba la fuerza de la India.

La tarde del 15 de agosto de 1947, cuando *lord* Louis Mountbatten, primo de la reina Isabel II de Inglaterra y último virrey de la India, entregaba el poder al primer gobierno provisional independiente, la nación tenía trescientos sesenta y cinco millones de habitantes. Las fuerzas de ocupación del imperio inglés nunca excedieron las setecientos cincuenta mil efectivos. Luego, con un sentido que demuestra inteligencia y no sólo división de los líderes hindúes, se utilizó a los ingleses para cortar al último de los miembros de la dinastía mogul, un integrista islámico que se dedicó a destruir y a desafiar los intentos más importantes de proyectar el futuro del país.

Los ingleses llegaron al subcontinente en un momento en el que los reinos que componían la India estaban gravemente enfrentados entre sí y sufriendo —o ejerciendo— persecución religiosa. A partir de ahí comienza de nuevo el camino de reencuentro del equilibrio entre las religiones cíclicas y las religiones lineales, es decir hinduismo e islamismo, con una aportación de modernidad social y de unificación general que aporta a los administradores ingleses.

Desde el excremento de la sagrada vaca hasta la mosca que se alimenta de éste, percibiendo la omnipresencia de un particular sentido de coexistencia de la suciedad y el oro de los templos sijs, caminar por cualquier calle de la India, subir las escaleras que llevan al sagrado Ganges o circundar por el arco que conmemora a los caídos en las guerras de Nueva Delhi, es un paseo por la relatividad de las convicciones, las costumbres y la fe humanas. Cuando Alejandro Magno atravesó el Indo —y de ahí nacería el nombre de India, que significa “pueblos más allá del río Indo”— porque buscaba un mar que él no sabía que era océano —el Índico—, donde el mundo pegaba la vuelta, todos los cánones de Occidente de vida y muerte, riqueza o pobreza, éxito o fracaso fueron puestos en tela de juicio, digeridos y colocados en un altar para su contemplación a cargo de creyentes que básicamente —como pasa en la moderna teoría de la física cuántica con el poder del pensamiento— con el poder del espíritu conforman y transforman cualquier realidad.

Entre México y la India hay, desde luego, algunos puntos en común. Los más importantes son dos: el primero, la relación de ambos pueblos con la muerte; el segundo: la relatividad del valor tiempo. Ambas civilizaciones han desterrado de sus creencias y usos populares una relación con la muerte en la que sea necesario maquillar a los muertos, como le pasa al triunfante y agónico Occidente. Han visto la tradición de unas religiones lineales que prometen a los fieles las perlas de la virgen después de la muerte, pero también han constatado que —tanto para cristianos como para musulmanes—, pese a toda profesión de fe, la principal batalla de los feligreses es por no recibir el abrazo de Dios y huir de la muerte lo más lejos que se pueda. Pero hay algo peor todavía en el caso de las

Al transitar por las calles de Calcuta, Bombay o Nueva Delhi se ve una masa humana en movimiento y se entiende mejor lo que puede ser una nación con más de mil millones de habitantes.

sociedades más desarrolladas, por ejemplo en los Estados Unidos: una vez que se muere, por cualquier razón o sin ella, la obsesión de los vivos es poner en exhibición los cadáveres acicalados, pulcros, bonitos. En otros países desarrollados, bonitos o feos, inmediatamente después del entierro o cremación, a los difuntos hay que desaparecerlos de nuestra realidad cotidiana.

Tanto en la India como en México, la relación con la muerte es más real: la muerte sólo es la consecuencia de la vida, y los muertos siguen siendo parte de ella. Como creen los brahmanes, cuando Brahma, el creador, respira, se produce el Manvántara y por lo tanto existen la generación, el movimiento y el orden; y cuando deja de respirar se produce el Pralaya y por lo tanto existen la destrucción, la quietud y el caos. Ese ritmo forma un camino constante y eterno. Una generación-orden-destrucción. Esa *Generation-Order-Destruction*—cuyas iniciales dan GOD, “Dios” en inglés— no es sino la aceptación del principio del origen de la vida, de la transformación de las cosas, de la materia, de las personas. Más allá de que cada pueblo pertenece al orbe en el que la naturaleza lo ha situado y las conquistas de uno y otro lo han transformado, es posible reconocer que la gran diferencia de India, como la de México, radican en ese tema tan importante: la muerte.

Aunque también hay una evidente afinidad de ambas culturas en cuanto al valor del tiempo; en el no tiempo, que es una reafirmación de las condiciones de espiritualidad de estos pueblos. Algunos pensamos que México es el último escalón entre Oriente y Occidente, y que lo es básicamente por el manejo del tiempo. Una de las mayores tragedias del mundo desarrollado occidental, en los últimos diez siglos, es la pérdida misma de su espiritualidad: tanto la dinámica religiosa como la conciencia del éxito o la percepción política y social han hecho de la rapidez, la prisa, la prisa en el tiempo de vida, la condición que marca el éxito o el fracaso. Para nosotros los occidentales el tiempo es el tiempo en el que vivimos y podemos ver y tocar qué hemos hecho con nuestro paso por la vida. El éxito solamente nos llega en vida y tiene un tiempo y normalmente unas condiciones y una puesta en escena que casi siempre van referidas al dinero o a la repercusión social. Para los hindúes y para muchos mexicanos, el valor del tiempo es relativo. Para algunos pueblos, cinco mil años no son nada. Para otros, en el orden que nació hace dos mil años y que es el que está en crisis, diez años se convierten en la historia de la humanidad.

En la India es patente el triunfo del espíritu, referido en parte a sus costumbres sociales-espirituales y en otra parte al fortalecimiento permanente de la familia, que se ha acabado convirtiendo en un elemento decisivo de la sociedad. La corrupción de la materia ha ter-

minado por destruir, hasta en los países más desarrollados, el concepto de familia; en cambio en India se va hacia un desarrollo que tiene en primer lugar alma, tiene una búsqueda, una aceptación y un equilibrio espiritual, aunque no tenga bien hecha una estructura social. Y tiene el hábito de la democracia. Ésos son los elementos diferenciadores que permiten asegurar —en comparación con China, donde la familia ha sido destruida, no existe la posibilidad de la expresión y en este momento se construye sobre la ausencia de la espiritualidad— que la India tiene los elementos para seguir sosteniendo y ganando las batallas que han perdido los países desarrollados.

LA VERDADERA BASE

El camino hacia la modernidad de la India no está establecido por el parque tecnológico de Calcuta o por la base de logística en la que se nutren casi el treinta por ciento de los servicios mundiales de *outsourcing* construido en Bombay, ni por los casi setenta y cinco millones de estudiantes entre los nueve y trece años que están cursando lo que ellos denominan el bachillerato tecnológico. Estos números no significan nada si no se fundamentan en la correcta comprensión de dónde está la hegemonía, el equilibrio, los peligros y la subsistencia del camino.

Desde el principio de los tiempos, la India vive en un equilibrio inestable, donde cada enemigo encarna la posibilidad de destrucción del Estado. Una vez fue Cachemira, otra vez los sijs, pero siempre ha habido una lucha donde el cambio cíclico y sistemático de quien domina el poder le da sustancia y viabilidad diaria a la continuidad de la India, que a pesar de todo ha tenido el valor de no seguir las recetas de los organismos multilaterales y de reconstruir un modelo propio de desarrollo viable en el nuevo orden internacional.

Al transitar por las calles de Calcuta, Bombay o Nueva Delhi, se ve una masa humana en movimiento y se entiende mejor lo que puede ser una nación con más de mil millones de habitantes, gran parte de ellos pobres y desarraigados. Sin embargo, ni la pobreza ni las precarias condiciones de vida resultan intimidatorias. Los policías usan un palo para mantener el orden. Lo atemorizante de la masa es su extraña resignación para convivir con un orden que sólo ellos pueden entender y lo que a todos nos podría desesperar, allí no afecta que la violencia esté a flor de piel.

La familia se rescata y supone un pilar de la cohesión social. La espiritualidad, literalmente, se respira. La India, que nunca ha tenido sólo espiritualidad, sino el espíritu, tiene ahora, seguramente, su gran oportunidad.

Lo divino está en la vida.